

Richard Orozco
Programa de Estudios Generales
Universidad de Lima

<https://doi.org/10.26439/piedepagina2025.n017.8351>

LITERATURA, SILENCIO Y MÚSICA

Imagen generada con Gemini



Le dedico mi silencio (2023) sigue a Toño Azpilcueta, modesto profesor obsesionado con la música criolla, que descubre al guitarrista Lalo Molino y sueña escribir el libro perfecto sobre él y sobre el Perú.

Le dedico mi silencio funciona como novela-ensayo a la vez que como un testamento utópico de Vargas Llosa en clave criolla.

Cuando comencé a leer *Le dedico mi silencio* (Vargas Llosa, 2023), sentía encontrarme ante un acontecimiento irrepetible, quizá el umbral hacia la eternidad, pues ya las agencias de noticias habían informado que esta sería la última novela del único escritor peruano que había ganado el premio Nobel. El dato, con aire melancólico, se imponía en numerosos portales de noticias. Yo, que había gozado con las chiquilladas del Pichula Cuéllar, había admirado la actitud estratégica de “El Poeta”, había reflexionado junto a Zavalita, había disfrutado las ironías de Don Rigoberto;

yo, que había valorado la experiencia que se transmitía en *El pez en el agua*, que admiré el liberalismo de los héroes en *La llamada de la tribu*, y que discutí la crítica artística en *La civilización del espectáculo*. Yo, que había gozado tanto con los textos de Vargas Llosa y que había objetado sus últimas decisiones políticas, yo no podía dejar de leer este texto. ¿Sería realmente un compendio de la vida literaria del autor o, más bien, un balance crítico?

La noticia de que era su última novela la había transmitido el mismo autor en una nota al final del texto (Vargas Llosa, 2023, p. 303), aunque allí mismo prometía un ensayo más, uno que sería dedicado a su héroe de juventud: Jean Paul Sartre. Dicho filósofo había sido un auténtico mito francés que dejó estupefacto al mundo cuando rechazó el premio Nobel en 1964 argumentando coherencia con su crítica a la sociedad burguesa. Vargas Llosa lo había admirado de joven, pero en los últimos años de su vida sus preferencias viraron hacia los padres del liberalismo: Adam Smith, von Hayek, Popper, entre otros (Vargas Llosa, 2018). ¿Por qué Vargas Llosa quería que su último ensayo fuera un regreso a Sartre? ¿Se trataría de una deuda, un balance o una reconstrucción de sí mismo? No lo sabremos nunca. Ese texto prometido sobre Sartre jamás se llegó a concretar.

Ante tal situación, *Le dedico mi silencio* aparecía entonces como la consumación de la obra literaria del nobel peruano y, por ello mismo, era coherente la inmensa expectativa que causaba su lectura. No obstante, debo admitirlo, mi expectativa se fue diluyendo con el pasar de las páginas. Dicho texto no era ni un compendio, ni un balance, ni pretendía ser una consumación de la literatura personal del autor. Incluso, parecía necesario reconocer que ya no me encontraba frente a los mejores textos de Vargas Llosa. Aquella literatura exigente de *Conversación en La Catedral* en la que había que leer con cuidado para reconocer en qué tiempo y espacio se hallaba la escena, o aquella interpelante reflexión sociológica de *La*

casa verde, estaban ya lejos de estas páginas que eran, más bien, de reflexión ligera, de ideas domésticas, de lenguaje popular.

En muchos pasajes llegué a reconocer una cursilería inexistente en textos precedentes, así como muchos lugares comunes que hacían ligera y poco atractiva la lectura. Ejemplo de esa cursilería es la mención a la relación amorosa entre “un pituco mirafloresino y una negrita del barrio más pobre y marginal de Lima” (p. 77). Por otro lado, muestras de literatura ligera eran el poco creativo apodo “El único” con que se conoce a un guitarrista excepcional, pero soberbio (p. 50), o expresiones poco trabajadas como cuando se refiere al perfeccionismo de un escritor que cada día vuelve a “romper todo a pedacitos” (p. 166). Esta literatura contrasta con la expectativa que generaba el texto. También eran notorias las inexactitudes en los datos, como hacer mención del “cusqueño Atahualpa” (p. 197) o distinguir las canciones de Chabuca Granda: por un lado, “El puente y la alameda” y, por otro lado, “La flor de la canela” (p. 181), cuando es sabido que se trata de la misma canción. Hoy en día ya se pueden encontrar algunos preliminares estudios en el que se muestran más inexactitudes en que cae la novela (Cáceres, 2024)

Ahora bien, donde yo sí veo un mayor despliegue de creatividad es en la articulación entre la trama de la novela, su título y su condición de ser la última novela del escritor. Sería mezquino no reconocer lo preciso del título, *Le dedico mi silencio*, cuando se trata de una obra que está siendo anunciada como la última obra del escritor. Entonces, dicho título ya no solo encabeza la novela, sino que también es etiqueta de la situación misma del autor, para quien se abre ese inagotable tiempo de silencio. Conviene señalar que el título de la novela no podía definirse solo por la situación del autor; había que encontrar también un tema creativo que articule con el silencio y, entonces, nada mejor que una novela sobre un académico, investigador de música popular, que está escribiendo su libro sobre la música

LA NOVELA SE PUEDE LEER COMO LA RECONSTRUCCIÓN DE UN ANHELO PROFUNDO DEL ESCRITOR, CASI COMO UN TESTAMENTO

criolla en el Perú. El título que ese libro recibirá en la novela es *Lalo Molino y la revolución silenciosa*. Entonces todo encaja con deslumbrante estética: el silencio del guitarrista, el título del libro que el investigador está escribiendo, el título de la novela, la situación del mismo autor de la novela. El silencio que se avecina para el novelista está ya siendo anunciado con creatividad en la trama misma de la novela.

Hay quienes ven también algo más que una casualidad en la cercanía entre la figura del personaje principal, el investigador de música criolla Toño Azpilcueta, y el propio Vargas Llosa. Así lo considera Alejandro Carreño (2024), para quien no es casualidad que el título del libro que escribe Azpilcueta y el título del libro de Vargas Llosa coincidan en la palabra “silencio”. Entonces, quizá no se trata solo de una novela, sino más bien de un texto que se encuentra a medio camino entre la novela y el ensayo. Sería el propio Vargas Llosa quien habría querido presentar sus ideas e investigaciones sobre la música criolla, reconstruyendo su propia figura en un alter ego. Esta no sería una práctica novedosa en la obra de Vargas Llosa, quien ya se había reconstruido antes en la figura de sus personajes. Un ejemplo notable de esa práctica sería El Poeta en *La ciudad y los perros*. A eso habría que añadir que el género del ensayo no le es ajeno a nuestro autor y, por el contrario, su texto, *La historia secreta de una novela*, de 1971 es catalogado como uno de los textos iniciadores del subgénero de ensayo autorreflexivo (Heredia, 2020).

Siendo así, permitiendo un ligero entrecruce de las intencionalidades entre Azpilcueta y

Vargas Llosa, la novela-ensayo podría estar reflejando otro rasgo característico de las últimas obras de los autores: la pretensión de cumplir una deuda consigo mismo. ¿Pero cuál es esa deuda que Vargas Llosa desea cumplir con este libro? Unas líneas del texto podrían ser elocuentes respecto a la intencionalidad del autor:

Este libro que sujetas, lector, en tus manos de peruano amigo, será el punto de arranque de una verdadera revolución que sacará a nuestra patria de su pobreza y su tristeza y la convertirá de nuevo en un país pujante, creativo y verdaderamente igualitario, sin las enormes diferencias que hoy día lo agobian y lo hunden. (p. 241)

Estas expresiones aparecen en boca de Toño Azpilcueta, un exprofesor sanmarquino que ha escrito el libro de su vida: una investigación sobre la música criolla en la que plasma, además, sus sueños de revolución social. No pretende ser, pues, un mero producto académico, sino más bien el empuje de un cambio radical que siembre esperanza en los peruanos. “¿No se necesitaba, ahora más que nunca, un libro que uniera de nuevo al Perú?” (p. 114).

Si estas ideas son más que una trama novelesca y, más bien, expresan una última utopía de Vargas Llosa, entonces valdría la pena compararlas con las ideas del joven Vargas Llosa, quien, en 1967, cuando gana el premio Rómulo Gallegos gracias a su novela *La casa verde*, ofrece uno de sus discursos más recordados. Allí argumenta que “la literatura es fuego, que ella significa inconformismo y rebelión, que la razón del ser del escritor es la protesta, la contradicción y la crítica” (Vargas Llosa, 1967). Ese Vargas Llosa de hace sesenta años está reconociendo que la literatura carga con una responsabilidad social: imaginar el inconformismo. No obstante, si nuestro presupuesto es acertado, el Vargas Llosa de 2023 parecería recargar una mayor responsabilidad sobre la literatura: ser el umbral de la revolución social. Ya no se trata solo de criticar o protestar, se trataría

ahora de desarrollar cambios concretos en la sociedad. Quizá es solo una utopía, quizá el último sueño de un escritor que publica el epílogo de toda su obra; probablemente también un reclamo a sí mismo o un testamento para sus compatriotas. Lo cierto es que el Vargas Llosa del 2023 parecería ser menos encendido, pero más exigente, con respecto al impacto de la literatura.

No obstante, ¿qué otras razones hay para justificar la lectura de este libro como una novela-ensayo en la que el autor está no solo fantaseando, sino reconstruyendo su última utopía? Confieso que yo lo reconocí así; quizá por la expectativa con la que leía la novela. Desde el inicio quería encontrar qué quería decir un escritor en su anunciada última obra. Lo que yo reconocía era una mirada soñadora con respecto a las reales posibilidades de la música criolla, pero, por otro lado, me parecía reconocer que no eran solo fantasías, sino que eran los anhelos profundos del escritor que se estaban plasmando en esos sueños utópicos.

Un ejemplo de esas ideas soñadoras respecto de la música criolla es esa afirmación acerca de que “el vals llega a todas las familias peruanas sin excepción” (p. 101) o esa otra indicando que la música criolla puede “crear aquel país unificado de los cholos, donde todos se mezclarán con todos y surgirá esa nación mestiza en la que los peruanos se confundirán” (p. 146). Claro que son ingenuas estas ideas e incluso miopes. Si hay algo que caracteriza al Perú es su diversidad de culturas integradas en un país de todas las sangres. Un país en el que el mestizo ha resistido su diversidad (Osorio, 2012) no puede ser visto o añorado bajo una sola forma de expresión musical. La buena música criolla es agradable, rítmica, expresiva y contagiosa, pero difícilmente llega a todas las familias peruanas sin excepción. No se requiere de facultades especiales para reconocer que la música criolla está decayendo cada vez más en el gusto y presencia en las familias peruanas que ahora prefieren muchos otros ritmos locales e internacionales.

Así pues, con todas esas ideas utópicas sobre la música criolla y el Perú, yo leía la novela como la reconstrucción del anhelo profundo del escritor, casi como un testamento. Entonces, quizá la triste historia de Lalo Molino, ese eximio guitarrista que no es reconocido en su real valor y cuya vida Toño Azpilcueta investiga, es quizá una metáfora de la misma música criolla que se pierde en el silencio sin haber cumplido esa promesa que alguna vez pareció encarnar: “Una idea de bienestar y de confraternidad entre los limeños de todas las clases sociales... como lazo de unión entre todas esas gentes tan divididas y separadas por múltiples prejuicios” (p. 58). Ese es quizá el propio Vargas Llosa dejándonos un mensaje, antes del silencio.

REFERENCIAS

- Cáceres, L. A. (2024). Cuarenta años después de *Criollos y andinos*. Evolución y preservación de la música criolla en Lima. *ANTEC. Revista Peruana de Investigación Musical*, 8(2), 267-292. <https://doi.org/10.62230/antec.v8i2.130>
- Carreño, A. (2024, 20 de marzo). Entre Mario Vargas Llosa y Toño Azpilcueta. *Contratapa*. <https://www.contratapa.uy/Archivo/Entre-Mario-Vargas-Llosa-y-Tono-Azpilcueta-uc642>
- Heredia, L. (2020). El discurso autorreflexivo literario en la tradición narrativa peruana: el caso de *Historia secreta de una novela* (1971), de Mario Vargas Llosa. *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua*, 68(68), 57-78. <https://doi.org/10.46744/bapl.202002.003>
- Osorio, N. (2012). José María Arguedas y el lenguaje de la identidad mestiza. *América sin nombre*, (17), 75-80. <https://doi.org/10.14198/AMESN2012.17.09>
- Vargas Llosa, M. (1967). La literatura es fuego. *Vallejo & CO*. <https://www.vallejoandcompany.com/2015/04/22/la-literatura-es-fuego-por-mario-vargas-llosa/>
- Vargas Llosa, M. (2023). *Le dedico mi silencio*. Alfaguara.